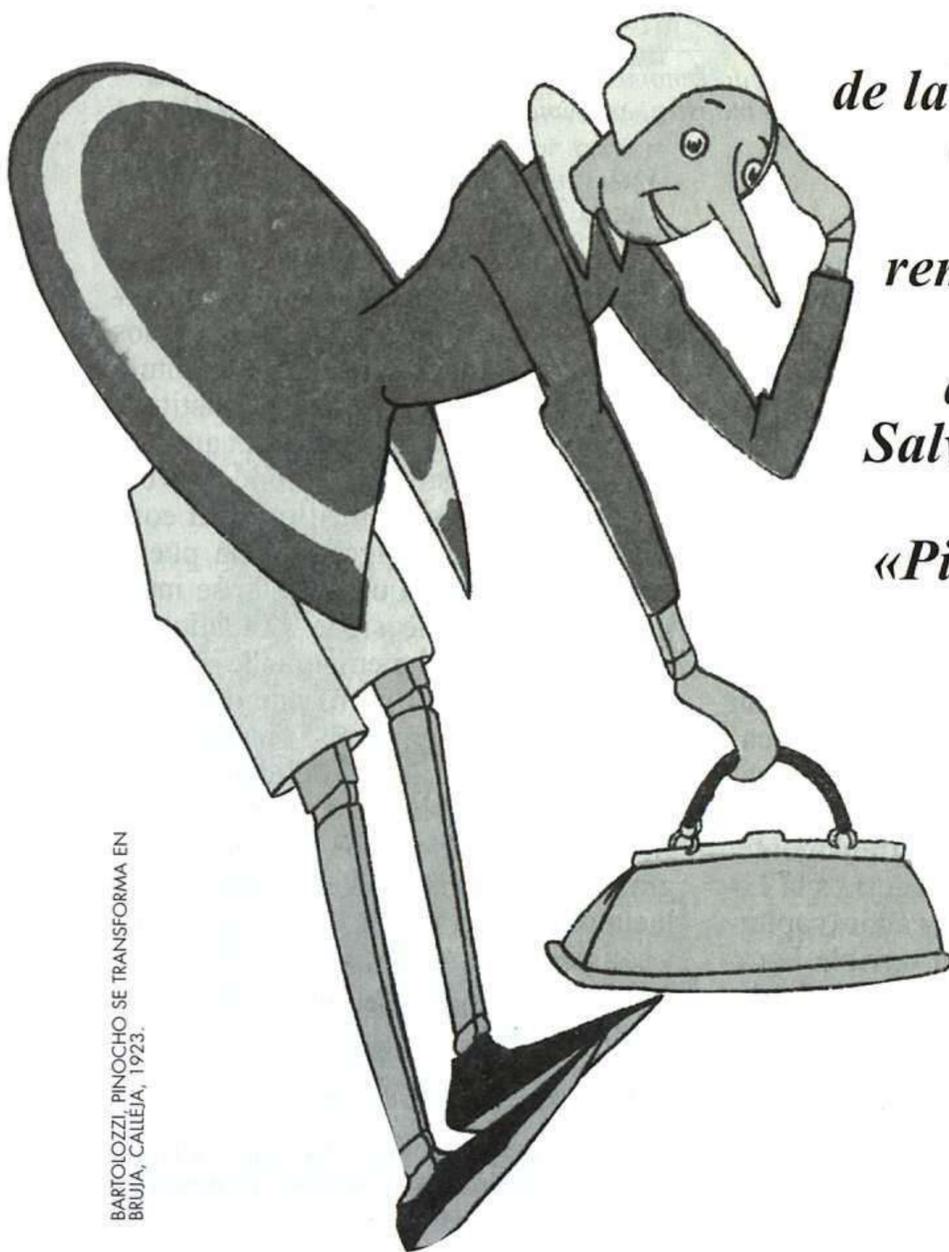


CARLO COLLODI

La insólita suerte de Pinocho en España

por Esther Benítez*



BARTOLOZZI, PINOCHO SE TRANSFORMA EN BRUJA, CALLEJA, 1923.

Pinocho llegó a España hacia 1912, de la mano del emblemático editor Saturnino Calleja. Su hijo Rafael fue el encargado de verter al castellano el texto que, sin remilgos, «españolizó» bastante. Luego, en 1917, Pinocho cayó en manos de uno de los ilustradores de la factoría Calleja, Salvador Bartolozzi, que lo adoptó como un segundo padre, y creó para él una serie «Pinocho y Chapete», de 48 fascículos, que escribió e ilustró. El Pinocho español, que poco tiene que ver con el Pinocchio de Collodi, consiguió una enorme fama y difusión en el ámbito lingüístico castellano, y logró eclipsar por completo al personaje de Collodi.

Pinocho llega a España a comienzos de siglo. El primer interrogante que nos sale al paso es el origen de ese nombre de Pinocho, acuñado ya entre nosotros para el muñeco. En italiano, *Pinocchio* significa piñón; el pinocho más cercano a ese significado que en castellano tenemos es un localismo conquense, de tierra de pinos, donde llaman pinocho a la piña del *pinus pinaster*. ¿En el ánimo de Rafael Calleja, el primer traductor de la obra de Colloidi, que crea ese nombre, estaba ese significado tan local? ¿O quizá no conocía el término *pinocho* y sí, naturalmente, el de *pinocha*, colectivo que designa las agujas del pino, que masculinizó para adaptarlo al muñeco? No podemos saberlo; lo cierto es que el nombre de *Piñón* se convierte entre nosotros en *Pinocho* y así hay que aceptarlo, sin pretender enmendar la plana a estas alturas a su primer traductor.

Una versión muy «españolizada»

Las aventuras de Pinocho se publican en España hacia 1912¹ por la Editorial Saturnino Calleja, en una original y cuidadosa traducción de Rafael Calleja, hijo del fundador de la editorial. «La traducción presenta, para nuestro gusto de hoy, demasiadas adaptaciones —no en lo fundamental, desde luego, aunque sí abundantísimos arreglos de detalle— de cara a España; para poderla aceptar en bloque resulta un considerable escollo esa españolización; los detalles italianos y de época desaparecen. Como muestra de esas adaptaciones, veamos el menú de la posada del Cangrejo Rojo (cfr. cap. XIII). En la traducción de Calleja quedaba así:

«El pobre gato, que tenía el estómago sucio, sólo pudo comer 35 salmonetes a la mayonesa y cuatro raciones de callos a la andaluza; pero como le pareció que los callos no estaban muy sustanciosos, hizo que les agregaran así como kilo y medio de longaniza y tres kilos de jamón.

También la zorra hubiera tomado alguna cosilla; pero el médico le había ordenado dieta absoluta y tuvo que conformarse con una liebre más grande que un borrego, adornada con unas dos docenas de capones bien cebados y de pollitos tomateros. Después de la liebre se hizo traer un estofado de perdices, tres platos de langosta, un guisado de conejo y dos sargas de chorizos. Por último, pidió para postre unos cuantos kilos de

uva de moscatel, un melón y dos sandías, diciendo que no quería nada más, porque estaba tan desgana que no quería ni ver la comida.»

Y así sucesivamente...

Pero lo más sorprendente de *Pinocho* no está ahí. Lo insólito es el estímulo que la obra proporcionaría a un gran dibujante, que por entonces trabajaba en la editorial, sugiriéndole la idea de tomar el muñeco de madera y echarlo a andar mundo adelante de la mano de su

go de Antonio Espina que encabeza la *Monografía de su obra*, publicada por Editorial Reunión, México, 1951. Sus primeros años los relata el propio Bartolozzi en un comienzo de autobiografía que no pasó de unas cuartillas iniciales.

Salvador Bartolozzi nace el 6 de abril de 1882 en Madrid, hijo de padre toscano y madre segoviana, de Villacastín. Sus padres tenían una tienda de figurillas de escayola en la calle Campomanes, pero el negocio no daba mucho de sí

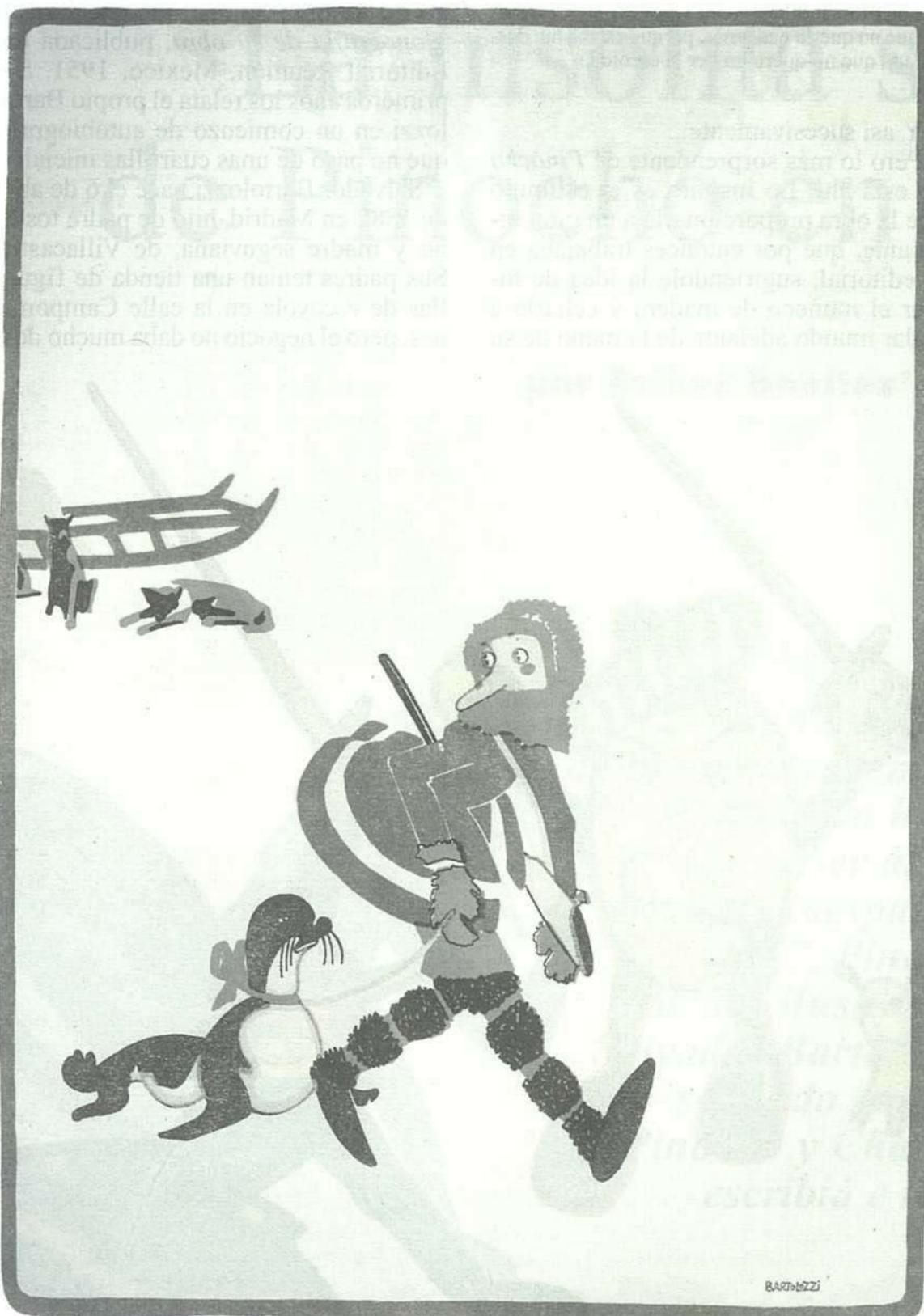


fantasía y de sus magníficas ilustraciones. Este dibujante era Salvador Bartolozzi Rubio.

Sobre el padre del Pinocho español

Las noticias que sobre Bartolozzi poseemos —no muy abundantes— se encuentran fundamentalmente en el prólo-

BARTOLOZZI, CHAPETE RETA A PINOCHÓ, CALLEJA, 1932.



BARTOLOZZI, PINOCHO AL POLO NORTE, CALLEJA, 1932.

y la familia se traslada a una portería de la calle de Claudio Coello. El padre, Lucas Bartolozzi, era vaciador y trabajaba ocasionalmente para la Escuela de Bellas Artes de San Fernando; la madre hacía de todo un poco para sacar adelante a la familia: asistenta, costurera, portera... La evocación que hace Bartolozzi nos traslada a un Madrid barojiano en el que el niño, con los ojos muy abiertos, va recogiendo los ingredientes de una

realidad rica y viva. Ya adolescente Salvador, su padre ocupa el puesto de jefe del taller de vaciado y reproducciones artísticas de San Fernando, trabajo en el cual le ayudan sus dos hijos, Salvador y Benito. Allí tiene Salvador sus primeros contactos con el arte.

En 1901, Bartolozzi marcha a París, con un amigo fotógrafo. Llega al París de comienzos de siglo, que ve desfilar a pintores, músicos y escritores españoles;

allí están Nonell, Rusiñol, Falla, Ciges Aparicio, Sancha, Manuel Machado... Según Ramón Gómez de la Serna, Bartolozzi se convierte en París en un «Toulouse-Lautrec al estilo español, que es lo que comenzó a ser Picasso». Lo cierto es que cuando el joven Bartolozzi vuelve a Madrid, allá por 1906 o 1907, trae una renovación en el arte del cartel y de la ilustración, con su tan peculiar estilo.

Ya en Madrid, empieza a colaborar en los periódicos y a trabajar en la Editorial Calleja; sus carteles, con los de Penagos, se llevan premios en muchos concursos. Sus dibujos se publican en *La Esfera*, *Blanco y Negro*, *Nuevo Mundo*, etc. Trabajo no le falta y su firma se cotiza lo bastante como para permitirle casarse; del matrimonio nacen tres hijos: Piti, también pintora, Mari y Rafael.

Pinocho eclipsa a Pinocchio

Fruto de su colaboración con Calleja —donde llega a ser director artístico— son, además de muchas ilustraciones dispersas en distintas colecciones de cuentos, anónimas en muchos casos, los dibujos de la serie de fascículos de «Pinocho y Chapete». El texto de los 48 fascículos que componen la obra es escrito también por Bartolozzi, aunque en los fascículos no figura su paternidad; esto dio lugar a confusiones y a que se le atribuyera el texto a Magda Donato, que también trabajaba para la editorial, a quien Salvador conoce en 1914 y que será desde entonces su fiel colaboradora y la compañera de toda su vida. Magda Donato sí intervino, en cambio, en las adaptaciones teatrales de las creaciones de Bartolozzi.

Un día de 1917 nace, pues, Pinocho, inspirado sólo en lo externo en su homónimo italiano. En todas las aventuras del Pinocho español sólo encontramos tres referencias al original italiano:

«Pinocho fue una noche al circo. Porque a Pinocho le gustaba el circo de una manera extraordinaria, a pesar de los malos recuerdos que tenía de cuando fue pollino» (*Pinocho, domador*, cap. I).

«Muy asombrado Pinocho de que supieran su nombre en el fondo del mar, se volvió a mirar al pececillo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó intrigado.



BARTOLOZZI, VIAJE DE PINOCHO A LA LUNA, CALLEJA, 1930.

—Porque me ha hablado mucho de ti un tío mío, que fue muy amigo tuyo.

—¿Y quién es tu tío?

—Aquel bacalao que conociste hace tiempo en el vientre del tiburón» (*Pinocho en el fondo del mar*, cap. I).

«Y Pinocho, sin hacer más caso del viejecito que del grillo parlante, siguió su camino» (*Pinocho en Jauja*, cap. I).

Es muy cierto que la fama y difusión del Pinocho de Bartolozzi en el ámbito lingüístico hispano eclipsaron por completo el Pinocho de Collodi, hasta el punto de que aún hoy es frecuente encontrarse con quien recuerda nítidamente el Pinocho de Calleja y sólo tiene una borrosa memoria del de Collodi.

En la edición que Calleja hizo de *Las aventuras de Pinocho*, del escritor italiano, hay un momento —imposible de fechar, pues los archivos de la editorial se han perdido y sólo podemos recurrir a la memoria de las personas con ella relacionadas— en que se altera el final de Collodi con un agregado que prepara para las futuras aventuras de Pinocho español —ya en parte escritas—:

«—¡Qué felicidad! Ahora podremos vivir tranquilamente, sin pasar privaciones... y además podré realizar mi sueño dorado.

—¿Cuál es?

—¡Viajar! Ver mundo y correr aventuras que me hagan famoso. Quiero que el nombre de Pinocho sea célebre e inmortal.

Pinocho logró realizar cuanto soñaba. ¿Quién no conoce sus maravillosas nuevas aventuras?

En la China, en la Luna, en el fondo del mar, en el Polo Norte, en la India, en la Isla desierta, en todas partes ha estado y ha dejado memoria imperecedera.

Sus aventuras son hoy más populares que todos los libros, y no hay un muchacho que no sea amigo del gran PINOCHO.»

Y aquí se acaban todas las semejanzas. Pinocho es una creación de Bartolozzi y sigue su propio camino, liberado de toda conexión con su antecesor.

Un chico bueno desde el principio

¿Cómo es el Pinocho de Bartolozzi? Su autor lo echa a andar sin preocuparse por darle una partida de nacimiento, y sólo bastante tarde, ya publicados 29 fascículos de la serie, aparece *El naci-*



BARTOLOZZI, PINOCHO EN LA CHINA, CALLEJA, 1932.

miento de Pinocho. Pinocho, adefesio de madera creado por las manos de un niño, Currusquín, está arrumbado en un bazar y sale de su sección de juguetería convertido en fantástico personaje por obra y gracia de la varita mágica del hada Esmeraldina.

La larguísima nariz de Pinocho, que en Collodi es fruto de un castigo del hada por las mentiras del muñeco, y que después vuelve a su tamaño original, es una constante en el Pinocho español, consecuencia de la impericia de Currusquín, que intenta pintarla y no lo consigue:

«Entonces cogió el tarugo que le quedaba, era largo y delgado y más parecía el dedo de un gigante que la nariz de un muñeco; la untó con cola, y ¡paf!, la pegó en el mismo centro de la cara». (*El nacimiento de Pinocho*, cap. II).

El grotesco muñeco se transforma por la intervención del hada de los juguetes. «La luz del genio brilla en sus ojos y una sonrisa de alegre simpatía dibuja su boca; y su nariz, aunque no se acorta un milímetro, adquiere la gracia y perfección especiales que cobra toda su figura». Alto, espigado, con su larga nariz, Pinocho es un muñeco idealista y generoso, que según propia confesión «sólo trabaja por la gloria» (*Pinocho detective*, cap. VIII); «su alma privilegiada es incapaz de sentir el rencor, que es un sentimiento bajo y feo»; es «partidario de hablar poco, y hacer mucho»; «adoraba a todos los niños, y a su servicio se dedicó especialmente»...

Estamos ante un tipo enteramente opuesto al *Pinocchio*, que en su larga odisea va madurando hasta convertirse en un *buen chico*; nuestro Pinocho lo es desde sus comienzos; aunque tenga sus defectillos —le encantan las golosinas, es algo vanidoso—, sale de su tienda de juguetes con la pasión de hacer el bien, la de leer y la pasión por las aventuras. No en vano, en *Pinocho, emperador*, Bartolozzi lo compara con «el inmortal don Quijote».

Y así, una noche, armado con todas sus armas y montado en un caballito de cartón, Pinocho sale de su casa a recorrer el mundo en busca de aventuras. El caballo no le dura mucho, se ahoga a las primeras de cambio, y Pinocho recurre



a los adelantos de la técnica cuando le conviene desplazarse; lo mismo toma un *sleeping car* que pilota un aeroplano. Y Pinocho es coronado emperador de una tribu africana, va a la China, a la Luna, a una isla desierta, a la India, corre aventuras en los países de los hombres flacos y los hombres gordos, inventa un prodigioso líquido, es domador de caracteres, acude al País de Jauja... (esta lista, aparentemente tan desordenada, corresponde a los títulos de los primeros fascículos). Resulta curioso observar que Pinocho, el muñeco valiente por definición, sale de todas las situaciones comprometidas que aparecen en sus aventuras empleando la astucia, acu-

diendo a los mil y un recursos de su ingenio, un poco surrealista. Las situaciones difíciles en que se encuentra son siempre una acumulación de terroríficos peligros:

«Ante él, un león, sobre su cabeza una serpiente y bajo sus pies un volcán» (*Pinocho, emperador*, cap. I).

«Frente a él, en una mesa, había un reloj despertador. Al dar las doce, la manecilla tocaba infaliblemente el gatillo de un revólver que, al dispararse, empujaba la hoja de una navaja de afeitar; la navaja, al ser empujada, cortaba una cuerda que sujetaba una polea de la que colgaba un bloque de piedra de 100 toneladas de peso. La piedra, al caer, aplastaría irremisiblemente a Pinocho, que atado en su silla no podía moverse» (*Pinocho, detective*, cap. V).

Chapete es gordo; el serrín de que está lleno, mal repartido, le abulta por unos lados más que por otros; sus piernas son cortas, sus pies enormes y calzados con gruesas botas.

Actualmente Chapete vive en un bazar y es el terror de sus vecinos. Porque Chapete es mato, muy malo, rematadamente malo» (*Chapete reta a Pinocho*, cap. 1.).

Ya tenemos a nuestro héroe y a nuestro antihéroe —ambos han adquirido sus caracteres por definición— y la fantasía de Bartolozzi los hace enfrentarse en innumerables aventuras, a cual más divertida, dotadas todas de una rara comicidad y escritas en un estilo sencillo, gracioso, claro...

Pinocho vive en el Madrid de su época, que es el marco de su vida pacífica, mientras se prepara para nuevas hazañas. En los cuentos de «Pinocho-Chapete», que narran «las magníficas hazañas, insólitas proezas y empresas descabelladas del inagotable y famosísimo muñeco de madera y de su astuto rival de trapo», aparecen frecuentes menciones a la realidad local: el Retiro, el Ritz, el Aero Club, la Moncloa, el Palacio Real, así como alusiones a usos y costumbres de la época en que fue creado. Y en medio de la presencia de maravillosas princesas, brujas, hadas, redomas y filtros encantados, Pinocho aprovecha los más modernos inventos de su tiempo.



BARTOLOZZI, PINOCHO SE TRANSFORMA EN BRUJA, CALLEJA, 1923.

Pinocho contra Chapete

Su ingenio, o un *deus ex machina* con variadas formas, libra siempre a Pinocho de todos los peligros. Pero al muñeco sin miedo y sin tacha le falta un enemigo fijo. Y Bartolozzi se lo proporciona en *Chapete reta a Pinocho*, número 15 de la serie.

«Chapete es un muñeco de trapo. Su figurilla resulta bastante cómica. Es bajito y rechoncho como una pelota; sus ojos son redondos como los de las lechuzas; por nariz tiene un botón de nácar, y su boca, que sonríe constantemente, le llega de oreja a oreja. Su pelo imita fielmente al estropajo, y en la mejilla izquierda ostenta coquetamente un lunar pintado.



BARTOLOZZI, PINOCHO SE TRANSFORMA EN BRUJA, CALLEJA, 1923.

Un muñeco que quiere seguir siéndolo

¿Por qué el Pinocho español se mueve en un mundo de fábula? ¿Por qué en todas sus aventuras no existe una progresión psicológica de los personajes, como ocurre en el *Pinocchio* italiano? Si la constante obsesión de Pinocchio es convertirse en un niño de carne y hueso, nuestro Pinocho, satisfechísimo de su condición, sueña en seguir siendo muñeco; en cierto sentido es como Peter Pan, el niño que no quiso crecer. Y lo mismo ocurre con el realismo de la obra, que sólo aparece en detalles esporádicos y nunca en la caracterización y actuación de los personajes. ¿Por qué este enfoque? ¿Presiones del medio ambiente? ¿Imposición del editor? Habría que estudiar el problema a fondo y por extenso, y no en los reducidos límites de estas líneas.



BARTOLOZZI, CHAPETE RETA A PINOCHO, CALLEJA, 1932.

Otro elemento cuya presencia es constante en la serie es el humor, que brota aquí y allá, con juegos de palabras y retruécanos constantes. Veamos unas muestras:

«—¿Y qué hace ahora tu tío el bacalao?

—El pobre se arruinó en malos negocios y como estamos en la miseria ha ido a venderle el hígado a un boticario de Gijón —contestó tristemente el pececillo» (*Pinocho en el fondo del mar*, cap. II).

«Y aquí tenéis al pobre Pinocho, a ochocientas mil leguas de su casa, sin poder subir ni bajar, ¡y con sólo dos mudas!» (*Viaje de Pinocho a la Luna*, cap. II).

«Pinocho hacía fotografías de todo. La única que no salía bien era la foca; no se sabe por qué, siempre salía desenfocada» (*Pinocho en el Polo Norte*, cap. IV).

El moralismo sólo aparece, en cambio, en raras ocasiones. Bartolozzi afea costumbres infantiles intrascendentes, como meterse el dedo en la boca, ser perezoso o sacar la lengua a alguien, pero nunca entra en materia. El fragmento moralista más extenso se encuentra al final de *Pinocho en Jauja*, donde, tras una pequeña reflexión, Pinocho decide hacerse «un hombre de provecho». Nuestro Pinocho sigue de buena gana los consejos «de actuación» que le van dando a lo largo de su historia sus distintos amigos y protectores; pero no necesita jamás consejos «de comportamiento», y en el héroe español no aparece

nunca —perdón, sólo en una ocasión— esa «conciencia permanente» que para Pinocchio son Geppetto, el Grillo parlante, el Mirlo, la Marmota, el Palomo, el Caracol...

Así es, en líneas generales, nuestro muñeco, que conocerá una difusión realmente extraordinaria en España y América. ¿Qué ha sido, entre tanto, de su creador?

En 1920 aparecen otros dos personajes de Bartolozzi que pronto se harán populares: Pipo y Pipa. En 1930, Salvador Bartolozzi funda y dirige el Teatro de Guiñol de la Comedia, y allí se inicia como escenógrafo. Introducido en la vida literaria y artística de la época, frecuenta la tertulia de Pombo —aparece en el célebre cuadro de Solana— y es amigo de Ramón. La Guerra civil pone fin a su actividad en España y su final lo empuja, con otros vencidos, al exilio. París primero, y después México, son testigos de su actividad. En la capital francesa está a punto de estrenar en agosto de 1939 —en el teatro Marigny— una versión de *Pipo y Pipa*, adaptada por Jean Nohain. La segunda guerra mundial lo arroja de Francia y tras una odisea en Casablanca consigue llegar a México, en noviembre de 1941. Allí recibe una excelente acogida y trabaja sin parar, pintando y continuando sus investigaciones teatrales. En mayo de 1949 celebra una gran exposición, *Madrid en el recuerdo*; y a finales de ese mismo año un cáncer de labio empieza a minar su organismo y lo lleva a la muerte el 9 de julio de 1950. El día 10 fue enterrado en el Panteón Español, que acoge en la ciudad de México los restos de muchos ilustres nombres del exilio. ■

***Esther Benítez** es traductora. El artículo (publicado en *CLIJ* 19, de julio/agosto de 1990) está extraído de la nota preliminar que la autora realizó para el libro *Carlo Collodi: Las aventuras de Pinocho* (Madrid: Alianza, 1972).

Notas

1. La fecha, aproximada, me la ha dado don Luis Calleja, que recuerda que el *Pinocchio* se publicaba aún en vida de su padre, don Saturnino, quien muere en 1915.